

Benjamín y Manuel

"El Umanio"
antofagasta, 28-3-73

Lo que más le dolía a Benjamín Subercaseaux era el olvido. Parece que, aquí, comenzamos a brindárselo. Recién, Alex Varela habló de la incineración de los cuatro Premios Nacionales que la pidieron; esta mención nos acerca a Benjamín Subercaseaux y a Manuel Rojas, quien, tampoco, era hombre al que se podía "no ver". Ambos reservaron a nuestra ciudad un generoso impulso de admiración y de afecto.

Benjamín Subercaseaux, el arrogante Lord Jim de 1930, representó en Chile al escritor de médula europea, apegado al terruño, pero no al punto de morir maniataado, completamente, por sus raíces, incapaz de empinarse para divisar el espectáculo del mundo. Subercaseaux no fue un indiferente a la patria y a sus hermanos: la amó en sentido creador, esto es, exaltándola en lo que debía exaltarse y criticándola y criticándonos, a los chilenos, en todo aquello que nos disminuía. No solamente se empinó para ver las maravillas del universo, sino que lo anduvo, lo tuteó y lo expresó

en sus ensayos, siempre tocados por un aire saludable de humor. ¿Para qué celebrar su "Chile, o una loca geografía" o sus admirables "Jemmy Button" y "Tierra de Océano", que conforman una trilogía de genio en las letras hispanoamericanas?

Benjamín, "Mincho" para sus íntimos que nunca fueron muchos, vivió en extensión el oficio, como Manuel Rojas, varón extraordinario para afrontar la vida en sus riesgos y escritor completísimo que vino desde los poemas de "Tonada del Transeúnte" hasta los capítulos decisivos de "Mejor que el Vino" y las historias sin par en nuestra historia literaria que fijan sus cuentos. Su "Vaso de leche" es un vaso de inagotable ternura en la narrativa chilena; una lección de solidaridad que no dirán nunca ciertos políticos, ahogados en la saliva de su vanidad y de su cálculo.

Rojas entregó a la literatura nacional aquel grado caliente de varonilidad que debía llegarle, alguna vez, para su definitiva sazón. Al trazarnos el retrato de Kanaka Joe o de Lagunas, el "roto fatal" por esen-

cia y conciencia, ensanchó las venas del relato chileno, con un fuerte chorro de sangre verdadera. Nunca hubo tinta en Rojas; hubo sangre trabajada, heroica, bravia. Él era, en su reciedumbre, un personaje de novela para cualquier autor de mano sólida: un Cendrars, un London, un Manuel Rojas.

No se parecían Subercaseaux y Rojas. Pero, en el fondo de sus frentes, corría la misma luz: una fuerte luz de humanidad; sentida, ciertamente, a su modo, pero sentida en honor. Benjamín buscó aprecio sin tasa, abierto, cordial, sin "rotar" a nadie, orgulloso de ser chileno. Manuel fue un romántico del anarquismo, en célula fraterna con González-Vera, Mauricio Amster y Enrique Espinosa. Al día siguiente de sus funerales, nos cruzamos, en Santiago, con Espinosa; iba, como si cargara mil kilos de sombra. Viéndolo, así, esbozamos un saludo y aprendimos en el gesto de Enrique cuánto vale la amistad en hombres, como ellos: hombres de una pieza para vivir y para escribir su mensaje a los demás.— A. S.

Manuel Rojas